



IGLESIA EPISCOPAL  
DIOCESIS DE PUERTO RICO

SIETE  
REFLEXIONES  
para  
CUARESMA  
2024



AÑO  
DE LA  
FE



# INTRODUCCIÓN

¡Apreciados hermanos (as)!

Sabemos que la cuaresma es un tiempo de discernimiento, humildad, paciencia, perdón, ayuno, reflexión y sobre todo de acercamiento a Jesús en su gran obra del Misterio de Salvación realizado a través de su pasión, muerte y resurrección. No está de más recordar que la cuaresma es un espacio o tiempo dentro del año litúrgico, donde nos dedicamos a prepararnos para celebrar la Pascua. La Iglesia nos invita a que lo vivamos con humildad, sinceridad interior, discernimiento, actitud de conversión, o sea, de cambio de actitudes cotidianas que afectan la vida cristiana, tanto personal como de comunidad de fe.

En este *AÑO DE LA FE*, ponemos en tus manos estas siete sencillas y cortas reflexiones a fin de que tengas una guía que te ayude a meditar y vivir estos cuarenta días acercándote cada día más y más a Aquel que dio la vida por Ti. *JESÚS EL NAZARENO*, el Hijo de María y José y cuya encarnación abrió las puertas de la Salvación Universal todos los pueblos, razas y naciones.

Estas reflexiones pretenden ser un instrumento con lo cual podemos iniciar una reflexión sobre la fe que hay en cada episcopal y que nos ayude a crecer y caminar juntos a fin de cumplir la Misión de la Iglesia en Puerto Rico, celebrar la Pascua y anunciar las Buenas Noticias del Reino. **¡Bendiciones!**

- Rvdo. Can. Gilberto Garcés



## Primera Reflexión:

# LA FE

---

*Por: Fray Isabel Lynn-Ramos*

Qué te parece si empezamos este diálogo pensando que como cristianos nos encontramos en el peor momento de nuestra vida, aquí en la tierra donde te mueves y existes. Ese momento donde el primer golpe te tira al suelo de plano, no encontrando que hacer y que tu panorama está completamente sombrío, fuera de toda esperanza y comenzamos a dudar, dando paso a la inercia. ¿Qué podemos hacer si todo ese momento de amargura es propicio para dejar atrás la fe, pues qué más da si lo más valioso se perdió en menos de 25 minutos de nuestra vida?

Sería lógico alejarse y dejar de creer, de hecho, el mismo Cristo dudó en Getsemaní: “Padre, si es posible que esta copa se aleje de mí. Pero que no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieras tú.” (Mateo 26:39). Jesús perdió en aquel momento sus fuerzas. Podríamos decir que, perdió por un instante su fe, sin embargo, su llamado fue más fuerte, su deseo de cumplir su misión lo devolvió a su centro que era cumplir la voluntad de su Padre en Él.

La carta a los Hebreos 10:21-23, nos dice: “Teniendo un sacerdote excepcional a cargo de la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero, con fe plena, limpios interiormente de todo lo que mancha nuestra consciencia y con un cuerpo lavado en agua pura. Sigamos profesando nuestra esperanza sin que nada nos pueda conmovir, ya que es digno de confianza aquel que se comprometió.”

En este año de la fe, nos hemos comprometido a hacerla crecer, creyendo en aquello que tenemos bajo certeza y en lo que no también, pues hay una promesa que, si tenemos fe, lo tenemos todo, aunque nuestros ojos humanos no vean nada.

Practicar la fe como lo hicieron tantos héroes de la fe, Hebreos 11:1-40 como Abel, Noé, Abraham, Sara, Isaac, Jacob, José, Moisés, Rahab, Gedeón, Barac, Sansón, David, Samuel y tantos otros que no se fijaron en sus limitaciones humanas porque Dios le concedió la fe. Por la fe cruzaron el Mar Rojo en tierra seca, por la fe se salvaron los primogénitos de los judíos, por fe cayeron los muros de Jericó. Todos vieron y obtuvieron su milagro de fe.

Por la fe podemos tener una garantía que cuando provocas a Cristo, Él se manifiesta en nuestras vidas, pues nos vio aferrados a Él, sabiendo que es capaz de cambiar cualquier circunstancia de la vida sea cual sea por el simple hecho de tener fe y creer. A pesar de que el mundo diga no, siempre Dios nos tiene una versión mejorada de vida en Cristo que no tiene fin, ni tan siquiera la muerte tiene poder para cambiar lo que Dios nos prometió a propósito de nuestra fe que se une a la esperanza de vida en Cristo.

Te exhorto en esta Cuaresma 2024, en el AÑO DE LA FE, a que sientas y vivas una fe como la de San Francisco de Asís con un "Fervor Ardiente", un encuentro entre tú y Dios. Sabiendo que tenemos que buscar el sentido pleno de nuestra vida, cruzándonos y caminando con Dios transformando cada circunstancia en una oportunidad de hacer crecer nuestra fe arraigada en Cristo Jesús.

Te invito a que, de manera íntima, tú y Cristo, Cristo y tú, a

reflexionar sobre las siguientes premisas que buscan llevarnos a un mejor entendimiento de lo que es vivir una vida en fe.

¿Creemos en que Cristo sanará cualquier dolencia física, mental y emocional que estés viviendo?

¿Es nuestra fe tan grande y absoluta como la de la mujer Cananea o la del Centurión?

Por último: ¿Hay certeza en nuestro corazón para entender que el plan Divino de Dios en nuestra vida es perfecto y sea cuáles sean las circunstancias que nos toque vivir, nuestra fe será incorruptible?

Fray Isabel Lynn-Ramos

*"Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia." (Romanos 5:20)*

# Segunda Reflexión: **FE Y PERDÓN**

---

*Por: Waldemar Betancourt*

El 2024 se ha proclamado como el *AÑO DE LA FE*, el cual será una celebración que parte de acuerdo con la identidad anglicana. Pero, además de la fe, hay otro término que nos ayuda a la espera de lo que ha de venir, la esperanza cristiana (Libro de Oración Común (LOC, 737 y 754), que surge desde el mismo Dios Trino (LOC 761), y está relacionado con el perdón.

¿Qué es el perdón? ¿Será el sentimiento de borrar todo lo acontecido con mi hermano semejante, ser querido, por los malos entendimientos o conflictos personales severos con éste?

Ambos términos, fe y perdón, están estrechamente vinculados, ya que en el primero se espera algo, venidero que nos transformará, catapultará a otro nivel o plano de ánimo positivo, habiendo sido obsequiado por algo o un estado mejor, comparado con el actual. Pero, si tenemos algo de lastre de experiencia, molestia con un hermano, que nos cuesta o cautiva, y nos hace tropezar al no atender el asunto por medio del perdón, entonces la esperanza de algo mejor se empaña, nubla nuestros sentidos o sencillamente no ocurre un buen desenlace.

El perdón que Cristo nos pide y llama, significa evitar guardar rencor, amargura o resentimiento en contra del otro. El perdón es el centro de cada uno, día tras día, a ser misericordioso como el Padre. Para muchos es un concepto difícil de asimilar, entender y conceptualizar. El confuso término es hasta impracticable, ya que el "yo" está por encima del hermano. Cristo Jesús nos perdonó desde la cruz, por nuestras faltas, ofensas y barbaridades cometidas, entonces ¿podremos perdonar de igual manera?

En la Segunda Carta a los Corintios (2 Cor. 5: 18-21), se nos presenta el ministerio de la reconciliación, el de acercarnos,



mirarnos, tocarnos y sonreír. Cristo nos limpió al ser perdonados, entonces ¿podremos hacer lo mismo con nuestros semejantes, los más cercanos y hasta los de la misma casa? “Si tu hermano peca contra ti repréndele; y si se arrepiente, perdónalo”. “Si lo repite siete veces, siete veces perdónalo”, (Luc 17: 3-4). “Cristo murió por nuestros pecados, aun siendo débiles.” “Mostró su amor por el pecador”, (Rom 5: 6-8). “Padre perdónalos porque no saben lo que hacen”, (Luc 23: 34).

Por lo tanto, el perdón omite el sentimiento de amargura y evita que siga creciendo, impide que pueda seguir dañando la relación y a cada una de las personas involucradas. El veneno por la “mala sangre” se drena de nuestras venas, se saca totalmente y se evita acumularla. El perdón es decisión de una persona, mientras que la reconciliación requiere la participación de las dos.

El perdón puede ser pleno o parcial, condicional / incondicional, expresado / no expresado, espontáneo / solicitado, y humano / divino. Pero Dios es misericordioso, y perdonarse entre los hermanos es un acto de amor pleno y puro, donde en el Nuevo Testamento se recomienda poner la otra mejilla y amar a nuestros enemigos, sin guardar rencor, (Mat 5: 39-44). No es que se olvide lo que ocurrió, porque somos humanos y tenemos memoria y recordamos, pero el principio es que, el rencor, el dolor, la amargura, se eliminen totalmente. Por eso Jesús recomendó “setenta veces siete” (Mateo 18:22), o sea, no cansarse de perdonar. Por ende, lo hecho, la falta o la deuda se ha “cancelado”, porque es parte del carácter, naturaleza de la fuerza divina del Padre, que sus hijos no se peleen, porque todos somos parte esencial de su creación.

Entonces, la fuerza de un mejor futuro, una buena reconciliación (arrepentimiento, restitución y rehabilitación por medio del refuerzo) nos lleva a una fe esperanzadora de mejores cosas que han de venir, prometidas por nuestro Señor Cristo Jesús. “Amados, si Dios nos ha amado así debemos también nosotros amarnos unos a otros.” “Nadie ha visto jamás a Dios.” “Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros, y su amor se ha perfeccionado en nosotros”, (1 Juan 4: 11-12). De Dios

viene la fe: “Todo lo que ha nacido de Dios vence al mundo, y la victoria en que el mundo ha sido vencido es nuestra fe,” (1 Juan 5: 4).

En resumen, ¿qué nos podemos preguntar y hacer para mejorar nuestro caminar en la fe, perdonando “setenta veces siete?”:

- ¿Seré capaz de eliminar mis dolores y malos entendimientos, acercándome en esta cuaresma a mi hermano o ser querido, con quién he tenido diferencias y estoy separado, por un malestar o una diferencia de criterio?
- ¿Cuán extensa es mi fe, para así poder habilitar el caminar correctamente hacia una verdadera cuaresma de reconciliación?
- ¿Quién y qué me espera al final de esta cuaresma?



## Tercera Reflexión:

# LA FE Y LA MISIÓN DE LA IGLESIA EN EL PUERTO RICO DEL SIGLO XXI

---

Por: Rvdo. P. Benny Chaparro Muñoz

*“Nosotros predicamos a Cristo crucificado: fuerza y sabiduría de Dios” 1 Corintios 1:22-23”*

Sin lugar a duda el ejercicio de la Misión lo debemos vivir y practicar con un corazón totalmente desnudo, es decir sin excusas ni pretextos partiendo de las palabras exhortativas de Jesús: *“Tengo otras ovejas que no son de este redil; a éstas también debo traerlas, y oirán Mi voz, y serán un rebaño con un solo pastor”* (Juan 10:16).

Este ejercicio depende de la fe que usted y yo tengamos sin olvidar que esta valiosa herramienta, es decir la fe, *“si no tiene obras, es muerta en sí misma.”* (Santiago 2:17) es por esto por lo que en la medida de lo posible la debemos complementar con madurez espiritual, emocional, y mental a través de la lectura espiritual, el estudio, y la disciplina. Sin fe no haremos absolutamente nada; en cambio con una buena dosis de fe y con los elementos antes mencionados seremos capaces de superar obstáculos que en muchas ocasiones nosotros mismos nos ponemos.

De esta manera y con estos componentes viviremos nuestra fe sumergidos en la misión por medio de nuestras obras. Lograremos entre tantas cosas con el auxilio de Dios llegar allí donde no hemos llegado, allí donde la gente nos necesite, allí donde hagan falta nuestras manos y nuestros pies, allí donde

necesiten palabras de esperanza; y Dios se sirva de nuestra voz para ser caudal de bendición de Su parte. Vivir la misión en fe acompañada de obras es también estar allí donde muchos han perdido toda ilusión por la falta de acompañamiento pastoral, allí donde la soledad impera; y con tu sola presencia sin ni siquiera decir una palabra; llenas de gozo el cántaro del corazón. Misión con fe auténtica y genuina es también allí donde dejas de ser tú, y pasas a ser del otro, y para el otro, allí donde no hay egoísmo que valga; porque te entregas sin reservas, sin condiciones, sin rodeos, sabiendo que a quien sirves es a Cristo, y a quien ves en sus rostros es a Cristo. Misionar con la herramienta de la fe es ponerte en el lugar del otro siendo empático y solidario con quienes son marginados por su género, estatus social, color de piel, nacionalidad, credo religioso, ideal político, estatus migratorio, orientación sexual y forma de expresar su amor.

La misión en Puerto Rico tiene muchos rostros, es un amplio mosaico de necesidades, desafíos y retos en escenarios totalmente distintos con realidades y exigencias distintas. En mi experiencia personal plantando iglesia hay una necesidad apremiante, una necesidad que sobresale de cualquier otra, y aunque suena ilógica o disparatada para muchos; la gran necesidad que aflora en nuestra gente en territorios de misión es la presencia. Presencia no es otra cosa que compañía, acompañamiento, y pastoreo. La gente quiere que se le escuche, la gente quiere dar y recibir amor, la gente quiere hacer vida de comunidad, la gente quiere oración, la gente quiere escuchar Palabra, la gente quiere a Cristo.

Es aquí, es decir en territorio de misión donde nos acordamos precisamente de que hay otras ovejas que debemos atraer a Cristo, siendo nosotros la voz de El en ellas, consolándolas con palabras de amor; sus palabras, y llevándolas así al rebaño. Son estas ovejas nuestros hermanos y hermanas crucificados del mundo de hoy. Esos hermanos que han perdido las ganas

de vivir, que se sienten poca o ninguna cosa, que viven solos, enfermos, que nadie los visita ni procura por ellos, esos hermanos que se sienten despreciados y marginados porque el fanatismo religioso rampante en nuestra sociedad les ha colocado un sello indicándoles que no son dignos de Dios, ni tienen cabida en ninguna comunidad de fe por su multitud de pecados que los separa de Dios. En efecto este fanatismo en vez de atraer a Cristo, aleja de Cristo; por consiguiente, son excluidos vilmente del rebaño negándoles escuchar la voz del Pastor y sentir su amor misericordioso.

Pero ¿y cómo puedo yo con mi fe ser partícipe de la misión de la iglesia? Sencillo, enrollándonos las mangas, es decir dejando afuera los miedos, las incertidumbres, las excusas, las perezas y las dudas, pero sobre todo teniendo la convicción de que Aquel que nos llamó por nuestros nombres nos sostendrá, nos fortalecerá otorgándonos así la fuerza y la valentía para no acobardarnos, pues es Su promesa: *"El estará con nosotros dondequiera que vayamos"* (Josué 1:9)

Tenemos que ser resucitadores para los crucificados de hoy. Ser portadores de vida y resurrección para miles que viven, pero que se sienten muertos porque le han matado los deseos y anhelos de acercarse a Dios restringiéndolos de su gracia. La cuaresma es tiempo hermoso, oportuno y preciso para salir al encuentro de los crucificados que viven su vía dolorosa en los territorios de misión que la vida nos provee (vecindario, trabajo, universidad, comunidades, templos) y resucitarlos devolviéndoles la fe, la ilusión, el ánimo y sobre todo el amor por la vida que un día perdieron, y que solo el Evangelio de Cristo le puede restituir.

Hay mucho por hacer en Puerto Rico, necesitamos más manos, más pies comprometidos y dispuestos a darlo todo por Cristo y su Evangelio. Necesitamos más episcopales que opten por los necesitados, siendo instrumentos en manos del Maestro, y decidiendo atraer los corazones de las ovejas que aún no han

escuchado su voz al rebaño del único Pastor de nuestras almas que jamás excluye, sino que incluye; Cristo el Señor. ¡Animo! Ten fe, ¡verás y harás cosas increíbles!

*Preguntas de reflexión:*

1. ¿Qué componentes serán útiles en la fe a la hora de vivir y practicar la misión?
2. ¿Qué crees que te impida ver el Rostro de Cristo Crucificado en el rostro de los demás en territorio de misión? Toma en cuenta que Puerto Rico es todo zona de misión.
3. Según la experiencia personal que te compartí plantando una iglesia, ¿Cuál es la mayor necesidad que presenta nuestra gente en territorios de misión? ¿Colmarías esta necesidad en algún hermano en este bendito tiempo de Cuaresma? ¡Te animo a hacerlo!
4. ¿Cómo resumirías "el hacer presencia"?



## Cuarta Reflexión:

# FE Y AMOR CRISTIANO

---

*Por: Rvdo. P. Carlos Santiago*

Este año dedicado a la fe en nuestra Diócesis de la Iglesia Episcopal de Puerto Rico sería bueno tomar un tiempo para reflexionar en lo que es la fe.

La fe no consiste en la confesión y aceptación racional de un conjunto de verdades que se afirman. La fe es ante todo una postura existencial, la fe es una actitud, es un compromiso con Dios y con el prójimo. La fe comprende entonces el conjunto de la vida teologal: fe, esperanza y caridad.

La fe es un compromiso con Dios y con el prójimo. La fe no se limita a afirmar la existencia de Dios. No, la fe nos dice que Dios nos ama y exige de nosotros una respuesta de amor; esa respuesta de amor se da en el amor al prójimo, eso es lo que entendemos por un compromiso con Dios y con el prójimo.

El encuentro con Dios se da en el encuentro con el prójimo: es en los encuentros con los otros que yo encuentro a Dios.

La fe vista así es entonces el horizonte y es también el motor de todos los comportamientos humanos. En el mundo, el encuentro con Cristo es lo que encuadra todo nuestro comportamiento humano, al mismo tiempo que lo diviniza. El encuentro con Cristo se hace en el prójimo y de allí la pregunta clave: ¿quién es el amor cristiano?

La parábola del buen Samaritano es clara. Se pregunta a Cristo: ¿quién es mi prójimo? Entonces el Señor cuenta una historia que en un examen superficial hace creer que el prójimo es el que está en el camino, el herido. Pero Cristo invierte al final la pregunta: ¿Cuál de éstos fue el prójimo del otro? ¿Quién de

los tres? Ser cristiano es aproximarse, hacer prójimos, no el encontrarlos en mi camino sino aquel en cuyo camino yo me coloco: mi prójimo es aquel a quien yo me aproximo.

Hay caminos en la vida en los que siempre encontraremos prójimos. Si yo tomo el camino del encuentro con los demás, encontraré millones de prójimos. El hombre con su libertad es el que construye su emancipación y su salvación. Es cierto que yo encuentro a Dios en el prójimo, pero en realidad al prójimo lo busco, me aproximo, lo hago prójimo. El último que pasó delante del herido lo hizo su prójimo.

Que mi encuentro con Dios se da en el prójimo, es un tema bíblico clásico. Mateo 25, es un texto claro; pero todo el Antiguo Testamento lo dice: **lo que le hacen al extranjero, a la viuda, y al huérfano, afecta a Dios mismo**. Son los tres tipos de pobres, el extranjero mal visto por un pueblo nacionalista, la viuda que no tiene quien la sostenga y el huérfano sin el apoyo de sus padres.

La fe da sentido a mi actuar en la historia, me hace tomar en serio esa historia, porque yo no puedo ser cristiano fuera de ella y en este momento no hay que tener ningún temor en decirlo así y eso es lo que se llama una inteligencia del compromiso actual; no hay manera de ser cristiano en este momento **sin un compromiso de fraternidad**. Para ser cristiano en nuestro tiempo es necesario comprometerse en una forma u otra con el proceso de construir un mundo más humano. Puesto que el Evangelio es ante todo un mensaje de Salvación, no un cúmulo de normas morales o mandamientos que cumplir.

Podemos entender que en la fe se vive en el compromiso con la historia; ahora bien, lo propio de la fe cristiana es creer en Cristo, es decir, creer que Dios se ha comprometido en forma irreversible con la historia humana, eso es creer en Cristo: creer que Dios ha tomado un compromiso con el devenir histórico de la humanidad.



Tener fe en Cristo es ver la historia en la que estamos viviendo como la revelación progresiva de Dios en su faz humana. “El que me ve a Mí ve al Padre”. Esto vale para todo ser humano en cierta manera, según ese gran texto de Mateo 25, la parábola del juicio final que nos recuerda que la acción frente a una persona es una acción frente a Dios: **Si diste de comer, de beber, etc. a Mí me lo diste; si lo negaste, a Mí me lo negaste.**

¿Qué tan firme es mi fe?

¿Es mi fe coherente con mi actuar?

¿Quién es mi prójimo solo los míos o los que conozco?

¿En esta sociedad tal secularizada mi fe está avalada con mis obras?

Vivamos nuestra fe conforme al amor que le tenemos a Dios, Amar a Dios sobre todas las cosas y a mi Prójimo como a mí mismo.



## Quinta Reflexión:

# LA FE, LA ESPERANZA Y LA CARIDAD EN UN MUNDO CONVULSIONADO POR GUERRAS

---

*Por: Rvda. D. Diana Guzmán Herrera*

En la Primera carta a los Corintios 13:13 dice: “Tres cosas hay que son permanentes: la fe, la esperanza y el amor; pero la más importante de las tres es el amor.” Pienso que, si no existe amor, no puede haber caridad.

En la Biblia, el amor se considera uno de los principios fundamentales que impulsa la caridad genuina y desinteresada hacia los demás. La caridad, en el contexto bíblico, se refiere a la acción de demostrar amor, compasión y generosidad hacia los demás, especialmente hacia aquellos que están necesitados.

Si la caridad no está motivada por el amor “auténtico y sincero”, corremos el riesgo que pueda aparentar una simple acción bastante superficial o hasta un acto de apariencias. Y por eso la idea de que el amor es fundamental para la caridad ya que destaca la importancia de que nuestras acciones sean motivadas por un genuino amor y compasión por los demás.

En momentos tan tumultuosos como los que estamos viviendo actualmente en todo el mundo, la fe en Dios, la esperanza de tener un futuro mejor y el amor hacia los demás nos puede brindar consuelo, fortaleza y orientación a las personas que buscan un camino a seguir.

En un mundo marcado por la violencia, *la fe, la esperanza y la caridad emergen como unas columnas fundamentales que sostienen la humanidad en su lucha por la supervivencia*, la sanación y la búsqueda de la paz. A lo largo de la historia, estas virtudes han demostrado su capacidad para inspirar a las personas a resistir la adversidad, a mantener la visión de un futuro mejor y a demostrar compasión incluso en medio de la desolación causada por la guerra.

La fe, proclamada por nuestro Obispo Diocesano Rvdmo. Rafael Morales Maldonado para el año 2024 en nuestra Iglesia Episcopal Puertorriqueña, es entendida como la confianza en un poder superior que ha desempeñado un papel significativo en la vida de individuos y comunidades afectadas por las diferentes circunstancias por las que ha atravesado y sigue atravesando nuestra Isla.

En medio del caos y la desesperación, la fe ha servido como un soporte que brinda consuelo y fortaleza para aquellos que luchan por mantener la esperanza viva. Podemos dar ejemplos como pastores, el clero y líderes religiosos que permanecen junto a sus fieles en zonas de conflicto, o la capacidad de perdón y reconciliación que provienen de varias tradiciones religiosas y da testimonio en cómo la fe puede actuar como un faro de luz en la oscuridad de la guerra.

La esperanza entonces surge como un poderoso motor que impulsa a las personas a seguir adelante a pesar de la devastación que los huracanes, las pandemias, la pobreza y la guerra dejan a su paso. Muchas veces porque no hay otra alternativa. Es en los momentos de mayor desesperación cuando la esperanza toma un valor incalculable, ofreciendo una visión de un futuro mejor que motiva individuos y comunidades a trabajar incansablemente en favor de la reconstrucción y la reconciliación. A lo largo de la historia, hemos sido testigos de cómo la esperanza ha permitido

a los sobrevivientes de la guerra encontrar fuerzas para seguir adelante, reconstruir sus vidas y contribuir a la edificación de sociedades más justas y pacíficas.

«La caridad, que es la manifestación concreta del amor y la compasión hacia los demás, cobra una relevancia aún mayor en contextos de guerra. En medio del sufrimiento y la desolación, la caridad se manifiesta a través de la solidaridad entre seres humanos y de la labor incansable de organizaciones humanitarias que buscan aliviar el dolor y la necesidad de aquellos afectados por la guerra. La caridad no solo provee asistencia material, sino que también fomenta empatía y comprensión mutua, sentando las bases para la reconciliación y la construcción de puentes entre comunidades divididas por el conflicto.

Quiero añadir que la oración puede tener un impacto significativo en las personas que están sufriendo a causa de guerras y conflictos, aunque estemos lejos. La oración puede ser una forma poderosa de expresar solidaridad, compasión y esperanza por aquellos que están experimentando sufrimiento debido a la violencia y la guerra. La oración puede proveer confort espiritual a las personas que sufren, así como a sus seres queridos. La sensación de ser sostenido por las oraciones de otros puede traer un sentido de paz y fortaleza en momentos difíciles.

La oración puede transmitir un mensaje de solidaridad y empatía, mostrando a las personas afectadas que hay otros que se preocupan por ellos y ellas y que desean lo mejor para ellos. Las oraciones por la paz pueden contribuir a la promoción de la paz y la resolución pacífica de los conflictos. Al unirnos en oración por un mundo más pacífico, podemos inspirar y fortalecer el compromiso con la resolución de conflictos de manera pacífica. La oración también puede influir en las actitudes y perspectivas de las personas, incluidos los líderes y aquellos involucrados

en los conflictos. Puede ayudar a fomentar un cambio de corazón y una mayor comprensión de la necesidad de la paz y la reconciliación.

Quiero que reflexionemos en lo siguiente:

1. ¿Cómo te sientes con respecto a lo que estamos presenciando en el mundo y en nuestro propio país? Esta pregunta nos brinda una oportunidad de expresar nuestras emociones y compartir las preocupaciones

2. ¿Hay algo específico que te gustaría hacer para ayudar o hacer una diferencia, pero sientes que no puedes? Esta pregunta puede revelar deseos de contribuir de alguna manera y liberar sentimientos de impotencia.

3. ¿Qué crees que se necesitaría para lograr un cambio positivo en esta situación? Esta pregunta invita a reflexionar sobre posibles soluciones y puede fomentar una conversación sobre la paz y la resolución de conflictos

*Oración final:* Dios misericordioso, en medio de la oscuridad y el sufrimiento causados por la guerra, te pedimos que causes en nosotros la fe para creer en un futuro de paz, la esperanza para encontrar consuelo en medio del caos, y la caridad para amar y apoyar a quienes más lo necesitan. Concédenos fuerza para ser instrumentos de tu paz y compasión en un mundo afligido por la violencia. Que nuestras acciones reflejen tu amor incondicional, y que podamos ser portadores de esperanza y consuelo para aquellos que sufren. Amén.

## Sexta Reflexión:

# RETOS DE LA FE EN LA SOCIEDAD ACTUAL DE PUERTO RICO

---

Por: Rvda. D. Amelia Cintrón Velázquez

*"Hermano (as), si uno dice que tiene fe, pero no viene con obras, ¿de qué le sirve? ¿Acaso lo salvará esa fe? Si un hermano o una hermana no tienen con qué vestirse ni qué comer, y ustedes les dicen: "Que les vaya bien, caliéntense y aliméntense", sin darles lo necesario para el cuerpo, ¿de qué les sirve eso? **Lo mismo ocurre con la fe: si no produce obras, muere solita.** Y sería fácil decirle a uno: "Tú tienes fe, pero yo tengo obras. Muéstrame tu fe sin obras, y **yo te mostraré mi fe a través de las obras...** ¿Será necesario demostrarte, si no lo sabes todavía, que **la fe sin obras no tiene sentido?**... Entiendan, pues, **que uno llega a la verdadera rectitud a través de las obras y no sólo por la fe...** Porque, así como un cuerpo sin espíritu está muerto, **así también la fe que no produce obras está muerta.**" Santiago 2:14-16.20.24*

En este año 2024 la Iglesia Episcopal, Diócesis de Puerto Rico, celebra el AÑO DE LA FE. La fe para el creyente es como la savia para un árbol o la sangre para un ser humano. Alimenta, oxigena, nutre, sostiene, da fuerza, energía y vida. La fe, que es un don, un regalo, que se nos da gratuitamente por puro amor y bondad de Dios, necesita de nuestra colaboración, de nuestro esfuerzo y empeño para que, como todos los dones y talentos que nos regala Dios, pueda crecer, madurar, convertirse en el árbol frondoso de la pequeña semilla de mostaza.

En una de las Cartas Apostólicas, la de Santiago, dirigida a las 12 tribus, que en el contexto cristiano se refiere a toda la Iglesia, el apóstol nos llama la atención sobre cómo la fe debe producir buenas obras. Nos expresa que *la fe no puede quedarse en sólo pensamientos, palabras, ritos o sentimientos*. Que nuestra fe nos debe llevar no sólo a confesar la divinidad, el señorío de Jesús, sino que nos debe llevar a vivir y actuar como Él vivió y actuó. Es decir, a ser sus seguidores y discípulos en la práctica del amor y la misericordia. Jesús nos enseñó que, sin las obras, la fe se adormece, enflaquece, se debilita hasta morir. El Señor mismo en muchas ocasiones nos reafirmó la importancia de que la fe esté acompañada de buenas obras: *"Ustedes los reconocerán por sus frutos... No todo el que dice: Señor, Señor, entrará en el Reino de los Cielos, **sino el que cumple la voluntad de mi Padre...**"* (San Mateo 7). *"Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para ustedes desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me diste de comer; tuve sed, y me diste de beber; fui forastero, y me recogiste; estuve desnudo, y me cubriste; enfermo, y me visitaste; en la cárcel, y viniste a mí."* (San Mateo 25). Es decir, no puede existir la fe en Cristo sin realizar buenas obras.

Por eso Jesucristo, mostrando el rostro materno-paterno de su Padre, vivió en función del bien, la justicia, la bondad y la misericordia. En su época respondía a los retos, a las necesidades existentes, especialmente la de los pobres, los vulnerables, marginados y desamparados de la sociedad. Nosotros, creyentes y seguidores de Jesús, y precisamente por razón de nuestra fe, debemos responder a las necesidades y retos de nuestra sociedad de la misma forma que lo hizo Jesús, quien pasó haciendo el bien.

La sociedad en la que estamos viviendo es una que se desarrolla y cambia de una forma acelerada, a veces dando la impresión

de que, está desbocada. Es precisamente en este ambiente y dinámica en la que estamos llamados a vivir nuestra fe, trabajando y difundiendo los valores del Reino de Dios: el amor, la misericordia, el perdón, la acogida, la solidaridad, la empatía, la fraternidad...

Son muchos los retos con los que, como miembros de una comunidad de fe, debemos enfrentar y responder. Debemos tomar en consideración el entorno social, las necesidades específicas de la comunidad y las situaciones en general de la sociedad en que vivimos. Uno de los retos son los relacionados a la población, que cada día más, envejece. Los envejecientes por razón de sus condiciones de salud, problemas de movilidad o económicos muchas veces no tienen la posibilidad de resolver sus problemas básicos y mucho menos de congregarse y celebrar la fe en sus feligresías. Son parte de los desamparados, marginados y vulnerables de nuestra sociedad actual. Sufren la falta de acompañamiento, empatía y solidaridad.

Otro gran reto es el que se levantan familias que no promueven espacios para el diálogo ni el compartir la vida diaria. Cada miembro de la familia vive en su aislamiento, sumergido y distraído utilizando indiscriminadamente los medios de comunicación social. Rompiéndose así el sentido de la familia, el lugar y espacio en donde se viven y transmiten los valores y criterios de nuestra fe.

Otro gran reto que vivimos en medio de nuestra sociedad es el individualismo y el consumismo rampante, egoísta y desenfrenado que nos ciega, embrutece y que entorpece el camino que debemos recorrer en el crecimiento y maduración de nuestra fe. La fe que no produce obras, que no busca el bien común, está muerta.



Nuestra fe no puede estar separada, desvinculada de nuestra vida diaria. Te ofrezco varias preguntas para que reflexiones y meditas sobre tu fe y cómo esta te ayuda a enfrentar y trabajar los retos que se te enfrentan a diario.

1. ¿Conoces si en tu entorno comunitario o en tu familia hay personas envejecientes a los cuales puedes ayudarles mostrándole así, con tus obras, tu fe cristiana? ¿Qué concretamente podrías hacer por ellos?
2. Reflexiona cómo y en qué momento tu familia dialoga y comparte su vida diaria. ¿Cómo podrías promover y reafirmar en tu hogar la fe y la vivencia de los valores cristianos?
3. ¿Te consideras una persona egoísta, individualista o materialista? Si tu respuesta es afirmativa, ¿cómo específicamente trabajarás esta realidad para que puedas transformar tu vida y crecer en el seguimiento de Jesús?

## Séptima Reflexión:

# FE Y ESPIRITUALIDAD

---

*Por: Rvdo. P. Carlos Vélez*

*Creo Señor, pero aumenta mi Fe.* Ese es el lema e invitación en el Año de la Fe, propuesto por nuestro Obispo Diocesano +Rafael L. Morales Maldonado. Para que podamos vivir esa fe es necesario desarrollar y vivir nuestra espiritualidad cristiana. Antes de comenzar a reflexionar sobre el tema sería bueno definir lo que son la *fe* y la *espiritualidad*, ya que son dos realidades distintas en nosotros los cristianos. Cada una tiene una dimensión distinta que debería complementar una a la otra, apoyarse entre sí. La fe y la espiritualidad y son conceptos distintos pero relacionados: la fe se relaciona con la creencia en algo sin pruebas contundentes, mientras que la espiritualidad se enfoca en la búsqueda del significado y propósito en la vida. La palabra “fe” se traduce del griego *pi-stis*, cuyo significado primario comunica la idea de confianza y firme convicción; la palabra puede significar “fidelidad” (1Tes 3:7; Tito 2:10) La Biblia la define como “la expectativa segura de las cosas que se esperan, la demostración evidente de realidades, aunque no se contemplan” (Heb 11:1).

En el Antiguo Testamento la palabra hebrea significa esencialmente firmeza, inmutabilidad, cf. Éxodo 17,12, donde se usa para describir la fuerza de las manos de Moisés; por lo tanto viene a significar fidelidad, lealtad, ya sea de Dios hacia el hombre (Deut. 32,4) o del hombre hacia Dios (Sal. 119(118),30). En el Nuevo Testamento surgen a la vista los significados

de “creer” y “creencia” para “*pisteon*” y “*pistis*”; en el lenguaje de Cristo, “*pistis*” frecuentemente significa “confiar”, pero también “creencia” (cf. Mt. 8,14). Como estas definiciones entre el Antiguo y el Nuevo testamento parece no estar acorde en cuanto al significado. Sin embargo, sería ilógico concluir que en el Antiguo Testamento la palabra no puede y no significa creencia o fe, pues está claro que uno no puede confiar en las promesas de una persona (Dios) sin previamente afirmar o creer en la pretensión de esa persona a tal confianza.

La fe puede expresarse o considerarse como una que representa la suma de verdades reveladas por Dios en la Sagrada Escritura y la tradición (mensajes de Jesús transmitidos por los apóstoles) y que la Iglesia nos presenta de forma breve en sus credos. También la fe representa el hábito o virtud por el cual nos acercamos a esas verdades. Mas allá de cualquier definición, la fe es una virtud que nos ayuda a acercarnos o hacer contacto con una realidad sobrehumana, que va más allá de nuestra condición como hombres y mujeres; permitiéndonos acercarnos a Dios, por medio de ella (la fe) para vivir una vida de cercanía con Él, expresados en el mensaje de su Reino a través de Jesús, su Hijo. Y para este propósito o fortalecer la fe debemos desarrollar nuestra espiritualidad cristiana. Vivir nuestra espiritualidad no significa alejarse del mundo y vivir una vida de constante oración, alejados del mundo y de las demás personas.

La espiritualidad cristiana consiste principalmente en **vivir en el Espíritu**. Cuando te acercas a Dios y recibes salvación, el Espíritu Santo de Dios viene a vivir en tu interior. Tienes una nueva vida espiritual que nunca habías tenido. Tu espíritu cobra vida y comienzas esa relación espiritual con Dios que no hubieras podido tener de otra manera. El apóstol Pablo dice que los creyentes deben ser “llenos” del Espíritu Santo. “No os

embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu” (Efesios 5:18).

La espiritualidad es aquella experiencia mediante en la cual tú y yo como cristianos entramos en un proceso de relación con Dios y la posesión de su verdad. La Palabra de Dios adquiere su dimensión y realización más plena y específica en nuestro oír y obrar como cristianos, es decir: oración y acción; contemplación y acción. De ahí que la espiritualidad cristiana es unidad y diversidad. Unidad por ser realización única del cristianismo y diversidad por realizarse de diferentes formas. Son las diferentes maneras de experimentar y fomentar la vida en Cristo. Nuestra espiritualidad debe ser la de Jesús. Por eso nuestra espiritualidad debe ser comunidad, se debe dar en el encuentro con mi hermana y con mi hermano. Se realiza en la soledad del otro y de la otra, en la desesperanza y en donde pudiese sentirse la ausencia de Dios.

Preguntas para reflexionar:

1. ¿Qué debo hacer para fortalecer mi fe?
2. ¿Cómo fortalezo mi espiritualidad, qué recurso tengo a mi disposición para fortalecer mi espiritualidad?
3. ¿Es mi fe y espiritualidad importante y necesaria para mi familia, mi comunidad de fe y para nuestra Iglesia Episcopal? ¿Vivo mi fe y espiritualidad en comunidad o debe ser mi experiencia personal?

*Señor, enséñame a creer que no tardas en cumplir tus promesas. Enséñame a no permitir que lo que veo y experimente determine mi fe, AMÉN.*

**AÑO**  
**DE LA**  
**FE**







[www.episcopalpr.org](http://www.episcopalpr.org)

 [episcopalpr](https://www.facebook.com/episcopalpr)

LA IGLESIA *Episcopal*  *le da la bienvenida*